

EL HOMBRE QUE VESTÍA DE NEGRO

Javier Tomeo

Queridos amigos de *Rolde*:
Acepto encantado vuestro ofrecimiento para participar en el número especial de vuestra revista que dedicáis a Félix Romeo, pero no se me ocurre qué puedo escribir sin caer, a pesar de mi experiencia, en los tópicos de costumbre.

Sí quiero, de todos modos, dejar constancia en *Rolde* de lo mucho que quería y admiraba a nuestro amigo desaparecido, tanto por su innegable talento como por el entusiasmo y el amor que demostraba por la letra impresa. Los catalanes hubiesen dicho que era un «lletraferit», es decir, un hombre herido por las letras, amorosa e irremediabilmente herido por las letras.

Nos conocimos cuando, de hecho, era un adolescente y criticó con gran talento en *Heraldo de Aragón* alguna de mis novelitas. Desde entonces ya no me abandonó y siguió mi carrera paso a paso. Su apoyo fue fundamental. Félix siempre estaba allí, en Madrid o en Zaragoza, escudado tras su ordenador, dispuesto a leer y a orientarme sobre todos los originales que le enviaba por vía electrónica. Su opinión me resultaba vital.

Estuvo conmigo en París en alguno de mis estrenos teatrales y divulgó generosamente el acontecimiento a través de su famoso programa de televisión *La Mandrágora*.

Félix amaba profundamente a Aragón y, obviamente, a su Zaragoza natal. En sus recorridos en coche por la provincia de Huesca, casi siempre acompañado por su gran amigo Ismael Grasa, me llamaba por teléfono móvil a Barcelona apenas llegaban a la vista de las gloriosas ruinas del castillo de Montearagón y ascendían hacia el Somontano por las curvas de Estrecho Quinto.

–¡Estamos pasando por tu pueblo! –me recordaba jubilosamente.

Era, tal vez, su forma de decirme: «cuidado, “amiguito”, por muchas vueltas que dé el mundo no olvides nunca que eres aragonés y que nuestro Aragón necesita el esfuerzo común y solidario de todos los que, vivamos donde vivamos y estemos donde estemos, nacimos en estas tierras».

Todo está todavía demasiado reciente. Recuerdo perfectamente que la mañana de su funeral no había ni una sola nube en el cielo de Torrero y me pareció incluso que todos los pájaros se habían puesto de acuerdo para cantar al unísono. Sea como fuere, lo cierto es que por ahora no puedo cruzarme por la calle con alguien que pese de más de ochenta kilos y que vista completamente de negro sin que vea aparecer a nuestro amigo desaparecido con un par de libros bajo el brazo y alguna colaboración pendiente de entrega.

Félix, en efecto, consiguió que me gustase incluso el color negro.